

PALEOCONSERVATISMO U.S.A.

POR

MIGUEL AYUSO

La muerte, en Dallas, no hace mucho, del profesor Frederick D. Wilhelmsen, me ha hecho poner los ojos, después de años, en el complejo conservatismo americano. Porque en el llamado *Conservative Movement* estadounidense hay, a no dudarlo, muchas estancias. De manera que no sólo disponemos de la separación, más o menos tajante, entre «paleoconservadores» y «neoconservadores», con términos que claramente connotan, incluso por vía de reflejo condicionado lingüístico, de quién proceden y en beneficio de quién actúan, sino que, en cada una de las estirpes, el árbol genealógico se presenta enmarañado, con interacciones e influencias múltiples y las más de las veces cruzadas.

Dejando de lado por esta ocasión al poderoso y campante neoconservatismo, más próximo a los signos de los tiempos de una postmodernidad política presidida por el despliegue de la «hegemonía liberal» en versión de la «ideología americana», quisiera centrarme hoy en los motejados de conservadores antiguos, precisamente cuando su generación con toda probabilidad más brillante nos está dejando a borbotones. Porque si el malogrado Wilmoore Kendall, por citar un nombre cimero, entre los primeros en levantar la «afirmación conservadora» en una época a contrapié —su colectánea más celebrada se llama precisamente *Wilmoore Kendall, contra mundus*—, ya hace años que nos dejó de puntillas, en los últimos años hemos perdido a Melvin Bradford, a Russell Kirk y ahora a Frederick Wilhelmsen. Sobrevive, en pleno vigor intelectual, el trasterado Thomas Molnar, húngaro naturalizado americano hace casi cuarenta años, pero nunca «americanizado».

Melvin Bradford representaba los eternos ideales del sur embutidos en ropaje tejano. De gran tonelaje, físico e intelectual, son muchos los palenques y niveles de conocimiento que se descubren en su obras. Destaca, en primer lugar, la exquisitez de sus estudios literarios, siguiendo el surco abierto por sus maestros Donald Davidson y Andrew Lytle, donde conviven los ensayos sobre Faulkner —que le dieron merecida fama— con el análisis de viejas canciones y baladas de las que exhuma la visión tradicional del sur. En segundo término, aparece como un historiador de raza en la debelación de la interpretación igualitarista de la historia americana —recuérdese su resonante polémica con Harry Jaffa, el discípulo de Leo Strauss y uno de los «neoconservadores» más influyentes—, a propósito de la creación de América y los orígenes de la guerra de secesión. Finalmente, unía a lo anterior un sólido armazón teórico y conceptual en defensa de la civilización «contra los bárbaros», según la rúbrica en absoluto contemporizadora de uno de sus libros. Disponía para ello —provocación de nuevo estampada en cabeza de otro de sus volúmenes— de «un arma mejor que la razón»: de la tradición corporeizada en costumbres e instituciones. Porque creía que la sociedad no se fabrica por la razón humana, sino que crece fundada en la sangre, la tierra y la historia.

Russell Kirk, mucho mejor conocido en España, donde algunos de sus libros más celebrados hallaron eco por vía de traducción en los cincuenta, ha sido el verdadero campeón de la reviviscencia del conservatismo contemporáneo. Hubo quien, a su muerte, no dudó en calificarlo de «Mr. Conservative». Su batalla, al margen de la Academia —pues abandonó la docencia universitaria muy pronto para esparcir impetuosamente su vocación intelectual en libros, artículos y conferencias por todo el mundo—, fue verdaderamente la «batalla de los libros» contra los «enemigos de las cosas permanentes». Fundador de revistas —desde la imprescindible *Modern Age* a la personalísima *The University Bookman*—, organizador de una auténtica escuela de pensamiento —en su casa de Mecosta, pequeño pueblo de Michigan, no era infrecuente encontrarse con toda suerte de escritores, profesores, estudiantes y curiosos de cualquier parte del mundo—, su obra excede con mucho de la ingente

producción bibliográfica que ha dejado. El «sabio de Mecosta» le llamó Wilmoore Kendall, el «duque de Mecosta» fue la carta de presentación que utilizó un amigo para franquearle el paso a la ópera de Viena. Él, en la estela del *whig* Edmund Burke, de quien fue su gran rehabilitador en la aventura de la *unbought grace of life*, prefería definirse como *a Bohemian Tory*.

Mi entrañable Frederick Wilhelmsen, tan unido a nuestra pa-noplia cultural de los años sesenta, alguno de los cuales vivió entre nosotros, y de los siguientes, ya que nunca se marchó del todo de España, han sido un filósofo de raza aureoleado por un no se qué de aventurero y de caballero del ideal. Su filosofía romista no de repc-tición sino de genial integración y aplicación a los problemas de hoy, y su percepción política comunitarista y libérrima, le condu-jeron al carlismo, al que se entregó con celo y devoción desconoci-dos en este nuestro mundo indigente. Y es que en España adquirió la luminosa comprensión de que la civilización española o del Ba-rroco habría supuesto la pro'longación del fervor por la Ciudad cris-tiana de los siglos medios, y conservada luego a través de la escuela tradicionalista o contrarrevolucionaria. Por todo ello, el profesor Wilhelmsen ocupa una posición peculiarísima, algo heterodoxa, dentro del movimiento conservador estadounidense, a cuenta de su intento de injertar en él el elemento católico e hispánico. En el preliminar de su *The Mataphysics of Love* (1962) se definió como «un hombre que cree que el "ágape" yace en el corazón de todo ser», mostrando a continuación su íntimo convencimiento de que «la mejor manera de alcanzarlo está en la teología de la Santísima Trinidad o en la ontología de la existencia humana dentro de la historia». Por donde teología, metafísica, historia y política se fun-den en un abrazo de vida.

Finalmente, en cuanto a Molnar, felizmente en activo, la am-plitud de su visión panorámica de temas y culturas le han dotado de una singular permeabilidad hacia la tradición europea al tiempo que le han protegido del reduccionismo «americano». Bajo la rú-brica de la «hegemonía liberal», encarnación hodierna de la peren-nal herejía del utopismo, el profesor Thomas Molnar, siempre ana-lista agudo y sugerente, ha silueteado últimamente la fluida situación

cultural, política y religiosa de nuestro mundo, que años atrás había visto presidida por el despuntar de lo que llamó el «socialismo sin rostro». En un tiempo en que la mayoría de los pensadores continuaban denunciando —y no sin razón— el Estado tentacular, Molnar descubría las líneas de evolución futura en el debilitamiento del Estado y de las instituciones originado por el liberalismo. Así como describía que el mundo no evolucionaba hacia la convergencia de los sistemas liberal-democrático y marxista, sino hacia la monolitización del Estado sobre los elementos basilares del Ejército, un nacionalismo celoso y un socialismo sin teoría precisa e incluso sin ideología. Tal vez pudiera pensarse que un cuadro como el anterior contiene elementos entre sí difícilmente encajables, cuando no netamente contradictorios. En puridad creo, sin embargo, que resultaba correcto en sus trazos maestros, si bien cabía percibir dos partes diferenciadas en función de dos experiencias sin duda alguna diversas. Por un lado, la primera parte del diagnóstico, precedida por su comprobación geográfica, en el mundo estadounidense, y temática, en sede de la cuestión de la autoridad, es la que se ha cumplido sin dificultad, prolongándose hoy en sus últimos análisis. Mientras que la segunda, deudora de una situación geopolítica e ideológica por el momento superada, y avistada desde la realidad del llamado tercer mundo, distaba de ser generalizable.

He aquí, pues, un acercamiento un tanto impresionista a algunos de los paleoconservadores norteamericanos más cotizados del último medio siglo. Sin embargo, un trato frecuente —ya en persona, epístola o lectura— siempre me ha conducido a un idéntico interrogante: ¿quiénes son los antiguos? ¿qué es lo antiguo? Y es que muchas veces lo antiguo, lo que se llama antiguo, parece ser lo necesario.